



**MENSAJE DEL FERNANDO DEL PASO MORANTE, PRONUNCIADO
POR EL ESCRITOR ÁNGEL ORTUÑO, EN LA CEREMONIA SOLEMNE
EN QUE LA UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA LE ENTREGA EL
TÍTULO DE DOCTOR HONORIS CAUSA.**

Paraninfo Enrique Díaz de León
Guadalajara, Jalisco a 5 de diciembre de 2013

Señor Rector General de la Universidad de Guadalajara, **Maestro Itzcóatl
Tonatiuh Bravo Padilla;**

Dr. Hugo Gutiérrez Vega;

Lic. José Alfredo Peña Ramos; Secretario General de la Universidad de
Guadalajara;

Dr. Héctor Raúl Solís Gadea; Rector del Centro Universitario de Ciencias
Sociales y Humanidades;

Doctora María Guadalupe Sánchez Robles; Jefa del Departamento de
Letras del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades;

Señores Rectores de los Centros Universitarios;

Queridos colegas;

Señora y señores:

Ha habido cuatro universidades en mi vida: La UNAM–Universidad
Nacional Autónoma de México– donde estudié el Bachillerato de Ciencias



Biológicas, en el bello y célebre edificio de San Ildefonso donde tuve el honor de representar a mis condiscípulos de la preparatoria nocturna ante el Consejo Universitario, conocí a la que es hoy mi esposa **Socorro** compañera de toda mi vida y obtuve un promedio de 9.5. Allí también pagué las materias necesarias para obtener el bachillerato de ciencias económicas, en vista de que me di cuenta que no podía estudiar medicina y estar casado al mismo tiempo y decidí estudiar economía en la recién inaugurada facultad de economía de la Ciudad Universitaria para obtener un empleo adecuado a mis necesidades. Destripé después de dos años, cuando al ingresar como copy writer en una agencia de publicidad, mi salario subió hasta las nubes; la segunda universidad es la de Iowa, en la que participé dos años escolares en el International Writing Program compartiendo el amor a la literatura y a la cocina con escritores y sus esposas de todos el mundo: América Latina, Europa, Asia y África. La tercera universidad fue la de Notre Dame, institución fundada por padres católicos de la Santa Cruz que a pesar de ser católica cuenta con facultades de Teología Islámica y Judía cuyo rector, en aquella época el **padre Herbert**, tenía el record mundial –entonces 27– de doctorados universitarios, la cual me invitó a dar un curso sobre el Tirano **Aguirre**. Esta universidad está situada en Indiana, Estados Unidos; el tirano **Lope de Aguirre** fue un vasco loco que quiso fundar en América un reino independiente presidido por él y de su lucha y su odisea se ocuparon tres novelistas latinoamericanos: el venezolano **Miguel Otero Silva**, el argentino **Abel Posse**, el también venezolano **Uslar Pietri** y un cuarto escritor español **Ramón J. Sender**. El curso que di en la Universidad de Notre Dame se tituló “Cuatro autores en busca de un tirano”. También el cineasta alemán **Werner**



Herzog hizo una película “Aguirre, la ira de Dios” en 1972, pero desperdició la oportunidad de transformarla en tragedia griega al no contar como el mismo **Aguirre**, cuando se vio perdido en la Isla de Santa Margarita, frente a las costas de Venezuela, después de navegar como **Orellana** desde las fuentes del río Amazonas hasta su desembocadura, mató con sus propias manos lo que más amaba en el mundo: a su idolatrada hija **Elvira**, para que no fuera pasto de la soldadesca de sus enemigos.

La cuarta universidad es ésta, la Universidad de Guadalajara a la que llegué hace más de veinte años con tres novelas bajo el brazo: “José Trigo”, “Palinuro de México” y “Noticias del Imperio”. Durante mi estancia en esta Universidad y gracias al patrocinio y apoyo moral y económica de la misma y sus autoridades he escrito una obra de teatro en verso sobre la muerte del poeta granadino **Federico García Lorca**, “La Muerte se va a Granada”, un libro de poemas titulado “Poemar”, cinco libros para niños, un thriller: “Linda 67” y dedicado a la universidad el primer tomo de “Bajo la sombra de la Historia” –ensayos sobre el islam y el judaísmo– y participado en dos o tres manifestaciones de la UdeG en reclamo del presupuesto prometido y necesario.

En los primeros días del mes de agosto de 1992, regresé a vivir a mi país, tras veintitrés años de ausencia. No regresé a la ciudad donde nací, México, Pero no puedo decir que regresé a Guadalajara, porque nunca había vivido en ella. Simplemente, llegué a esta ciudad y al hacerlo, llegué de nuevo a mi Patria. Casi no puedo pronunciar la palabra “Patria”, sin cierto rubor y sin cierta zozobra: es muy fácil caer en la cursilería y la demagogia cuando se la



tiene en los labios. Pero en algunas ocasiones, y ésta es una de ellas, no se la puede sustituir por ninguna otra palabra. La Patria es impecable y diamantina, escribió el gran poeta zacatecano. Los que la gobiernan no suelen serlo. Pero aquí, dirían **Cristina Pacheco** y **Carlos Fuentes**, aquí nos tocó vivir. Aquí nos tocó nacer y crecer. Y de nuestras tradiciones, nuestra lengua y nuestra infancia hicimos nuestra Patria.

Salimos de México en septiembre de 1969. Un año después de la masacre de Tlatelolco. Dos de la aparición de mi primera novela, “José Trigo”, cuyo argumento termina con la descripción de una gran matanza allí mismo, en la Plaza de las Tres Culturas de Nonoalco Tlateloco. Y dos años y unos meses después de que fuera fundada la editorial Siglo XXI, en la misma noche en que corrió por el mundo la noticia de la muerte de **Ernesto Ché Guevara**, asesinado por el ejército de Bolivia. Mi libro, “José Trigo”, habría de inaugurar la serie literaria de esa editorial.

Gracias, entre otras recomendaciones, a la de mi amigo **Juan Rulfo**, obtuve el mismo año de 69 la Beca Guggenheim. Y gracias a esta beca nos trasladamos a Londres. Allí entraría yo a trabajar en el departamento latinoamericano de la BBC de Londres –radio, onda corta, en español–, y allí nacería nuestra hija **Paulina**.

Catorce años más tarde, cuando ya mis primero tres hijos habían regresado a México, me instalé en París con mi esposa y con **Paulina**. En París trabajé unos meses en la sección latinoamericana de Radio Francia Internacional y allí en París, conocí a **Rafael Tovar y de Teresa**, ministro, entonces de nuestra embajada en Francia, quien me invitó a colaborar como Consejero



Cultural. En cierto modo, fue en la embajada, donde puse de nuevo los dos pies en México.

En París, y en mi calidad primero de Consejero Cultural y más delante de Cónsul General, estuve siempre en contacto con numerosos ciudadanos mexicanos y, en particular con los estudiantes de la Casa de México –la *Maison du Mexique*– de la Ciudad Universitaria de París, que cursaban allí un posgrado. Hicimos, entre ellos, muchos amigos. Uno de ellos fue el ex Rector General de nuestra máxima casa de estudios: el **Licenciado José Trinidad Padilla López**, a quien siempre llamábamos y llamamos **Trino**. Fundamos las bases de una sólida y perdurable amistad.

Un día nos visitó el entonces Rector **Licenciado Raúl Padilla López**. Tuvimos un cálido encuentro, y un estupendo almuerzo en el cual, después de que yo externé mi deseo de volver a México, me ofreció el cargo de Director de la recién fundada Biblioteca Iberoamericana “Octavio Paz” de ésta, la Universidad de Guadalajara.

Antes, la invitación para trabajar en Radio Francia Internacional, había llegado en una muy buena oportunidad: a partir del conflicto de las Islas Malvinas entre Gran Bretaña y Argentina, había yo comenzado un camino de regreso: en lugar de adaptarme cada vez más a Inglaterra, como había sucedido hasta entonces, comencé a desadaptarme y a sentirme cada día un poco más extranjero que el día anterior. Este proceso no tuvo nada que ver con los años o los momentos de enorme felicidad que viví en Londres, y cuyo recuerdo ha perdurado, intacto.



Los meses que pasé en París antes de entrar en la Embajada, por ser pocos, no me permitieron integrarme a la sociedad francesa. Y mi ingreso al servicio diplomático mexicano, contribuyó a nutrir una nostalgia en la cual las virtudes de nuestro país, lo impecable y diamantino, se desvanecían sus defectos: lo corrupto y lo turbio. Esperábamos, nada más, que nuestra hija terminara el *baccalauréat*, o bachillerato francés, para regresar a vivir a México, y ya desde entonces le teníamos el ojo puesto a Guadalajara. De modo que este ofrecimiento del **Licenciado Raúl Padilla**, nos cayó como anillo al dedo. Hacía ya meses que, teniendo en mente ese regreso, no sabía yo cómo y cuándo hacerlo. Y no sabía, tampoco, de qué y cómo íbamos a vivir. Yo he vivido siempre *para* la literatura, pero nunca *de* la literatura.

Venir a vivir a Guadalajara, significó muchas cosas para mí. De los tres hijos que había dejado Londres para vivir en México, dos vivían ya en Guadalajara: **Alejandro** y **Adriana**. Pronto se les uniría el mayor, **Fernando**, si bien poco después la familia se dispersaría de nuevo. Pero Guadalajara me dio la oportunidad, breve pero suculenta de gozar, como un Patriarca –y a mi mujer como Matriarca– de reunir a toda la familia: hijos y nietos, cada domingo cuando menos. Esa fue ya una gran ganancia. También los mejores recuerdos de esa época se conservan intocados.

Tuve siempre una relación cordial con **Octavio Paz** antes de mi viaje y mi estadía en Europa. Siendo ya Cónsul General, participé como funcionario y como escritor, en la celebración de una serie de reuniones, en diversas universidades francesas, de un grupo de distinguidos escritores mexicanos, entre los que se encontraban **Carlos Monsiváis**, **Elena Poniatowska**, **Marco**



Antonio Montes de Oca y **Homero Aridjis**. Me tocó dar el discurso de inauguración en la Soborna. Critiqué, en ese discurso, no a **Octavio Paz**, sino a aquella o aquellas personas que habían elegido un párrafo de uno de sus escritos y lo habían puesto fuera de contexto en el folleto general de presentación, haciéndonos ver a nosotros, los escritores mexicanos, casi como unos advenedizos de la literatura, que –según **Alfonso Reyes**, no tanto **Octavio Paz**– habíamos llegado tarde al banquete de la cultura. Yo me limité a defender mi postura personal, dejando en claro que yo no había llegado tarde a ninguna parte. Esto bastó, como algunos de ustedes recordarán, para que se armara un gran escándalo. El chisme inicial, en el sentido de que yo había hecho trizas un texto de **Octavio Paz**, se transformó en una escena violenta en el curso de la cual, según alguien le dijo a nuestro poeta, yo había hecho pedazos, materialmente, uno de sus libros, en público y nada menos que en corazón de la Soborna. Hubo un intercambio de cartas en la revista *Proceso* y las cosas se calmaron.

Dos años más tarde, participaría yo con **Octavio** en una reunión de escritores en Barcelona. El encuentro fue cortés.

No se vislumbraba sin embargo, entonces, ninguna posibilidad de que pudiéramos reanudar nuestra antigua relación amistosa e intelectual. Mi llegada a Guadalajara, me ofreció esa posibilidad en bandeja de plata.

Se recordará que entre la Universidad de Guadalajara y Octavio Paz surgieron algunos mal entendidos. Pienso que hoy, con la perspectiva que nos ofrece el tiempo, podríamos concluir que en ese entonces –la década de los noventa– ni la Universidad era tan de izquierda como Octavio pensaba,



ni Octavio era tan de derecha como la Universidad creía. La creación de la Biblioteca Iberoamericana en 1991, se planeó para que su inauguración coincidiera con la Primera Reunión Cumbre de Jefes de Estado de Iberoamérica, España y Portugal. Según tengo entendido –aunque de esto las autoridades de aquél entonces saben más que yo, y podrán corregirme si es el caso– se la quiso bautizar con el nombre de un escritor jalisciense. ¿**Juan Rulfo**? ¿**Agustín Yáñez**? Lo ignoro. Pero lo que se dijo en ese entonces, fue que el nombre de **Octavio Paz** había sido impuesto desde la presidencia –en otras palabras, por **Carlos Salinas de Gortari**– y aceptado por el gobierno de Jalisco y la Universidad a regañadientes. El caso es que, además cuando al fin fue inaugurada, ante la pléyade de Jefes de Estado, **Octavio Paz** no asistió a la ceremonia. En vista de que **Fidel Castro** había anunciado su presencia y no deseaba encontrarse –o desencontrarse, con él. Por supuesto, nadie le había dicho a **Fidel** “comes y te vas”. Jalisco y su ciudad capital, le brindaron, como a todos los otros Jefes de Estado, una cálida hospitalidad.

El **Rector Raúl Padilla López**, al proponerme, en París la dirección de la Biblioteca, me preguntó si el nombre de la misma representaba un obstáculo, dado que la rencilla entre el poeta y un Servidor era conocida de todos. Le dije que no, y así fue. Unos tres meses después de instalado como Director, le envié una carta a **Octavio**. No hubo respuesta. Me di cuenta después que, repartidas entre las dos columnas de la Biblioteca, estaban escritas, con letras doradas en bajorrelieve las leyendas “Biblioteca Iberoamericana” y “Universidad de Guadalajara”. Faltaba el nombre de **Octavio**. Le pedí a la Universidad que lo agregara, y tomé fotografías de



cómo estaban las columnas antes y después de añadir el nombre, y se las envié a Paz, con una nota. Ésta vez sí hubo respuesta: una de las cartas más bellas y generosas que he recibido en toda mi vida. Era de esperarse porque nuestro pleito no había sido sino solo una esgrima de palabras. No era de esperarse, según aquellos que aseguraban que **Octavio** guardaba un rencor profundo y duradero hacia todos aquellos que se atrevían a dudar de su infalibilidad.

Aprovecho esta ocasión para señalar una vez más que no es verdad que **Octavio Paz** no aceptó nunca una invitación de nuestra Universidad. Lo hizo, y se estaba planeando su homenaje, a nivel universitario, municipal y estatal, cuando hubo necesidad de insertarle en el corazón, de emergencia, cuatro *bypasses*. Tras una larga convalecencia, un día me llamó y me dijo: “Fernando, me gustaría que el homenaje se hiciera el día de mi cumpleaños, el próximo 31 de marzo”. Pero ese 31 de marzo, sería el último día de actividades del entonces rector de la UdeG, el último también del Gobernador de Jalisco, y el último del entonces alcalde de la ciudad de Guadalajara. Fue imposible acceder a sus deseos. Poco después, se le manifestó el cáncer que lo llevaría a la tumba.

Octavio Paz fue un hombre polémico. Nunca estuve de acuerdo con el meollo de sus ideas políticas que, por otra parte, jamás fueron de extrema derecha. Fue un hombre decepcionado del comunismo. Al mismo tiempo, fue uno de los más grandes ensayistas y poetas que ha dado México en toda su historia. Su nombre, honra a la Biblioteca Iberoamericana.



Venir a vivir a Guadalajara, me premi6, tambi6n, con el reencuentro de un amigo de toda la vida: **Juan Rulfo. Rulfo** no estaba ya vivo: haba fallecido en enero de 1986. Pero revivía una y otra vez en sus cuentos y su novela. Tambi6n en los premios que llevaban su nombre. En París, fui no menos de cinco o seis veces miembro del jurado del Premio de Cuento Juan Rulfo patrocinado por Radio Francia Internacional y el Centro Cultural Mexicano de la capital francesa. Cuan legué a Guadalajara, el Premio Juan Rulfo que otorgaba la Feria Internacional del Libro de esta ciudad, daba sus primeros pasos. El **Rector Raúl Padilla López**, nos invit6, a **Juan José Arreola** –quien ya vivía tambi6n en Guadalajara– y a un Servidor, a viajar primero a Buenos Aires, Santiago de Chile y Bogotá y despu6s a Madrid, Barcelona y Francfort, para promocionarlo.

Fue un viaje espl6ndido. En Buenos Aires y Bogotá coincidimos con las ferias del libro respectivas. En Chile, fuimos recibidos por el presidente **Patricio Alwyn**. Tuvimos grandes p6blicos, y en todas partes se nos escuch6 con atenci6n y afecto. El Premio Juan Rulfo levant6 así el vuelo en el mundo de habla hispana. Tambi6n, y en las de una ocasi6n, **Juan José Arreola** y yo promovimos juntos el premio en la propia Guadalajara. Recuerdo haber dicho que no son los premios los que dan prestigio a los escritores, sino los escritores los que dan prestigio a los premios. Puse un ejemplo: ganar el Premio Nobel, implica quedar en la historia de la literatura al lado de muy grandes escritores, pero tambi6n al lado de algunos muy malos creadores como **Siemkewickz, Pearl S. Buck, Echegaray** o **Churchill**. No ganarlo implica quedar al lado no s6lo de **Tolstoi** y **Emilio Zolá** que todavía vivían cuando se cre6 el Nobel a principios del siglo XX, sino tambi6n de **James**



Joyce, Marcel Proust, Ítalo Calvino y Jorge Luis Borges, a quienes nunca se les otorgó. El Premio Juan Rulfo, desde los primeros años, contó con escritores que contribuyeron a consolidar su fama y su prestigio.

Lo he contado muchas veces. Creo que es necesario hacerlo una vez más: mi amistad con **Juan Rulfo** nació cuando lo conocí. Como becario, en el Centro Mexicano de Escritores de la ciudad de México. **Rulfo**, junto con **Arreola** y el **maestro Francisco Monteverde**, presidía las sesiones de cada miércoles, en las cuales los becarios leíamos trozos de nuestros escritos. Ellos nos criticaban y nos orientaban. Al fin de cada sesión, **Rulfo** y yo caminábamos hasta el café del Sanatorio Dalinde, y allí, y fumando como chacuacos, se nos iban las horas platicando y platicando. Nunca conocí en mi vida a alguien que supiera tanto de novela como **Juan**. Novela mexicana, rusa, española, francesa, alemana, italiana, argentina, sueca, danesa, inglesa, norteamericana... toda la que ustedes imaginen, y más. Cuando nos fuimos a vivir a Europa, dejé de ver a **Rulfo** por un largo tiempo. Me encontré con él en Las Canarias. Y años más tarde, le escribí una carta desde París. La única carta que jamás le escribí.

Durante los 14 años que trabajé en la BBC de Londres, y el año y medio en Radio Francia Internacional, o RFI, me tocó dar, por el micrófono abierto a Latinoamérica, algunas de las noticias más importantes de la época. Por ejemplo, el asesinato de **Aquino**, el Presidente de Filipinas, la caída de Saigón, la renuncia de **Richard Nixon** a la presidencia de los Estados Unidos, o el asesinato de **Olaf Palme**. Una noche de invierno de hace veintitantos años, trabajaba yo en la sede de RFI en París, cuando las agencias noticiosas



dieron a conocer la muerte de **Juan Rulfo**. Yo era el único locutor esa noche, de manera que fui yo quien, desde los micrófonos de esa emisora, dio la triste noticia al mundo latinoamericano. Unos días más tarde, escribí y produje, para la misma Radio, el programa “Carta a Juan Rulfo”, en el que mezclé su voz, grabada en un disco de Viva Voz de México, y la mía propia. Titulado “Carta a Juan Rulfo”, ese año de 1986 ganó el Premio Internacional Radio España al mejor programa de radio producido en lengua castellana.

En Guadalajara, mis dos hijas también se integraron a la Universidad, cada una a su manera. **Adriana** fue productora de **Bertha Navarro** en los programas de la serie “En Guadalajara fue...” dio clases de Arte en la Escuela de Televisión y Video y fue un tiempo Directora Académica de Proulex, el Programa Universitario de Lenguas Extranjeras. Por su parte, **Paulina**, tras un breve coqueteo con las ciencias políticas y la semiótica, ingresó a la Escuela de Televisión y Video, dirigida por **Daniel Varela**. Entre sus maestros contó con **Boris Goldenblank** y **Guillermo del Toro**. Paulina participó también en algunos de los programas de “En Guadalajara fue...” como asistente de dirección.

El encuentro con **Arreola** en esta ciudad, fue en vivo, por así decirlo. **Juan José** estaba más vivo que nunca, vivito y hablando, vivito y haciendo derroche de talento y memoria. También la Universidad de Guadalajara los había traído a la capital tapatía. Me gusta recordar que gocé de varios privilegios en mi amistad con **Arreola**: primero, como participante de su taller literario, allá en los años 60. Más tarde lo tuve a mi cargo, por así decirlo, durante 10 deliciosos días durante la visita que hizo a Paris, invitado



por el gobierno francés, junto con su hija **Claudia**, su acompañante de toda la vida. Después, a mi regreso a México cuando, juntos comenzamos la aventura “Memoria y Olvido –Vida de Juan José Arreola contada a Fernando del Paso”. Yo fui uno de tantos jóvenes a quienes **Juan José** fascinaba con su palabra en la época en que las grabadoras pesaban media tonelada. La solución, llevarlos un estudio de radio para grabarlo, hubiera acabado con la espontaneidad de su conversación. O tal vez no, porque **Juan José** era inagotable. De todos modos, no fui en único en pensar en la posibilidad de grabarlo, para que la magia de esa palabra y el prodigio de sus recuerdos no se perdieran en el aire. Mi estancia en Guadalajara me permitió realizar ese sueño y reanudar –en el sentido de “volver a anudar”– nuestra vieja amistad, con una nueva relación que sustituyó la de maestro-amigo con la de amigo-amigo. Aunque por supuesto nunca dejé de ser alumno de **Arreola**. Recuerdo el gusto que le dio cuando, en ese viaje de Promoción del Premio Rulfo, dije en la Casa de América de Madrid que yo no había crecido “a la sombra” de Arreola, sino a “su luz”. Un día me preguntó: “Oye ¿y si yo hubiera muerto antes que Rulfo, que habría sucedido?” “Hubieran creado el Premio Juan José Arreola, y se lo hubiera sacado Rulfo” le contesté. Para la elaboración de “Memoria y Olvido”, hicimos cerca de 100 horas de grabación a lo largo de un año. Alguien me dijo una vez: “Le agradecemos Maestro que haya hecho Usted hablar a Arreola”. Yo le respondí: “Al contrario, mi mérito fue el de contenerlo”. Por su último, tuve el triste privilegio de escribir y pronunciar una oración fúnebre en el homenaje de cuerpo presente que se le hizo en el Paraninfo de la Universidad de Guadalajara.



La idea del Sistema Nacional de Creadores del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, surgió en mi departamento de París, donde solíamos reunirnos **Rafael Tovar y de Teresa** y un Servidor. No fuimos, desde luego ni los únicos ni los primeros en pensar en un sistema semejante: la idea del mecenazgo es muy antigua. Pero sí fue **Rafael Tovar y de Teresa** al que, después de **Víctor Flores Olea**, estuvo al frente, por más de diez años, de ese proyecto, único en el mundo. Vivir en Guadalajara me permitió ser asesor de **Tovar y de Teresa** y miembro permanente del Consejo del Sistema. Como sabemos, la creación de la Cátedra Cortázar fue posible gracias al Sistema Nacional de Creadores y a la generosidad de dos de éstos, **Carlos Fuentes** y **Gabriel García Márquez**.

Y había sido yo galardonado con el Premio Nacional de Ciencias y Artes y nombrado Creador Emérito de la República cuando llegué a Guadalajara, siendo así el segundo miembro de esta Universidad, después de Arreola, en haber obtenido ambas distinciones. En 1996 ingresé al Colegio Nacional en calidad de único representante de la Universidad de Guadalajara en ese cuerpo académico colegiado. Debo subrayar que no se nombra, en El Colegio, a nadie que no resida en territorio nacional, de aquí que, también en ese sentido mi venida a Guadalajara lo hizo posible. Han pasado ya más de veinte años desde entonces. Ser miembro de El Colegio me impuso nuevas obligaciones, y una intensa actividad académica que se ha prolongado hasta hoy día. Como representante de la Universidad de Guadalajara, del colegio Nacional y de mí mismo, como escritor y artista he dictado, en los últimos años, conferencias y pláticas, en numerosas ciudades de la República, además de Guadalajara y el Distrito Federal, Tepic, Morelia,



Zamora, Mazatlán, Culiacán, Saltillo, Torreón, Toluca, Querétaro, Mérida, Jalapa, Veracruz y quizás una decena más. A algunas de esta plaza, he ido hasta tres veces, por diversos motivos, como es el caso de Saltillo y Querétaro. El Colegio Nacional impone a sus miembros la obligación de dictar 10 conferencias magistrales al año. Estas diez conferencias, se transforman en 15 o 20, debido a que, por ejemplo, el público de Mérida que escucha una plática literaria, es muy distinto al público de la ciudad de Monterrey o de Guadalajara, que está deseoso de escucharla, y es por ello que muchas veces nos vemos obligados a repetir conferencia en diversas partes de la República.

Así, las conferencias El Quijote se iniciaron aquí en el Paraninfo de la Universidad de Guadalajara, las di después en El Colegio Nacional y, más tarde, en dos o tres sedes más. Aparte de esto, en los últimos años, un servidor ha cumplido con esas 10 conferencias y otras más, a lo que se agrega la participación en homenajes a escritores como **Rulfo** –no menos de siete veces–, a **Juan José Arreola** –tres o cuatro–, y **Agustín Yáñez**, dos o tres, **Octavio Paz**, y el historiador michoacano **Luis González y González**. En la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, he participado asimismo en numerosos homenajes. Recuerdo en especial los que se hicieron a **Augusto Roa Bastos** y al propio **Juan José**.

La heterogeneidad y riqueza de mis experiencias en la publicidad y la comunicación, la literatura, el arte y la gastronomía, así como mi pasión por la historia, y en particular por la historia de las religiones, me han permitido elegir y desarrollar una gran variedad de temas en mis conferencias, que van



desde la novela histórica, hasta los movimientos artísticos más importantes del siglo pasado. “Cuatro autores en busca de un tirano”, “Religión y Educación”, “El lenguaje como personaje de novela”, “El viejo tema del traidor y del héroe”, son los títulos de algunas de ellas, dadas en México, Vallarta, Torreón y Querétaro, por dar sólo unos cuantos ejemplos.

Mis exposiciones han viajado también. He tenido el privilegio de exponer dos veces en el Museo de Arte Moderno y el Palacio de Bellas Artes de la ciudad de México, y una vez en el Instituto Cabañas de esta ciudad. La exposición titulada “13 técnicas mixtas”, fue expuesta en más de 35 ciudades del país, así como en La Habana.

Mi exposición “2000 Caras de Cara al 2000”, con el añadido de una cara cada año hasta el 2006, viajó a más de 14 sedes distintas y finalmente fue donada a la Universidad de Colima al Museo Fernando del Paso, construido a instancias del ex **Rector Dr. Carlos Salazar Silva**.

Estas enumeraciones obedecen a un propósito: he considerado que siempre hay que contar las cosas y así fui invitado de honor a Washington para inaugurar la Cátedra Octavio Paz, a París y Costa Rica para hablar sobre El Quijote, y a Bogotá para inaugurar la Feria del Libro, llevé el nombre de la Universidad de Guadalajara a esas ciudades y, con él, el nombre de México. Apenas, creo, si hace falta señalar que la saturación de mis actividades me ha obligado a declinar numerosas invitaciones provenientes de universidades e institutos culturales no sólo de México y Estados Unidos, sino también de ciudades como Lima, Montreal, Madrid, Alcalá de Henares y Londres.



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

RECTORÍA GENERAL

Nuestra adaptación a Guadalajara fue rápida y entusiasta, no sólo por el afecto que los tapatíos mostraron hacia nosotros, mi esposa, mis hijos y yo mismo, sino también por la belleza y la modernidad de la ciudad de Guadalajara y de la Universidad, la primera, con una vida de casi quinientos años nos ofreció la hospitalidad más generosa, siendo una de las ciudad más habitables de México y del mundo, la segunda, la Universidad fundada hace dos siglos nos ofreció la madurez y la amplitud académicas correspondientes a la segunda universidad en importancia del país y una de las principales de América Latina.

Entre el público en general, la palabra “doctor” se asocia al doctor en medicina cuando que se puede ser doctor en leyes, en filosofía, en química, y se llaman doctores también en la escolástica, por ejemplo a **Santo Tomás de Aquino**, el **doctor Angélico**, o **San Buenaventura**, el **doctor Seráfico**, como título que concede la Santa Sede a los teólogos que se distinguen por la ortodoxia de su doctrina y la importancia de su obra. También existe el título de Doctor Honoris Causa grado otorgado por las universidades a título honorífico y sin examen a ciertas personalidades. Que alegría y que honor que sea la Universidad de Guadalajara, mi universidad, la única en la que he permanecido más de veinte años, la que hoy me otorga el grado de Doctor Honoris Causa. Con esa misma alegría acepto emocionado el título que hoy me confiere la Universidad de Guadalajara y que supongo respalda mi dedicación absoluta a las letras y la literatura que he profesado desde muy niño. Acepto, reitero con gran emoción esta nueva distinción que agrega mi universidad al título de Profesor Emérito de la misma y prometo destinar un buen espacio de mi vida a la hechura de un libro dedicado a las letras



universales y mexicanas, las mismas que nutrieron mi espíritu infantil, juvenil y adulto. Gracias Universidad de Guadalajara. Muchas gracias. Prometo también, ya que durante muchos años me llamaron “doctor” sin serlo, dedicarme a “curar” los múltiples padecimientos que sufren la historia, la literatura, y en pocas palabras el mundo de nuestros días junto con los jóvenes: los únicos seres humanos capaces de formar una sociedad nueva más justa y equilibrada. Muchas gracias de nuevo Universidad de Guadalajara. Estoy en deuda contigo.

[Palabras de **Fernando del Paso**]

"Gracias también a ti, Raúl Padilla López, por haberme traído a esta ciudad y a esta universidad que quiero tanto"